

Mientras escucho, me desdibujo y crezco

Carmen Magallón Portolés

En la adolescencia, ser paño de lágrimas de amigos y amigas me parecía una buena causa. Me gustaba escuchar. Como las lágrimas, reales o metafóricas, siempre se vierten por algo que amamos, ahora pienso que empaparme con ellas seguramente me alimentaba: me hacía crecer por dentro. Tal vez por eso me sorprendía que se viera como generosidad: absorber al otro, a la otra, en sus palabras, en sus pensamientos más íntimos, llegó a parecerme hasta egoísta. Incluso pura comodidad, pues escuchar me preservaba del esfuerzo de hablar y de mostrarme. Sólo más tarde supe, descubrí, que también los silencios comunican. Y que escucharlos es igualmente importante.

La escucha es la lluvia que nos trae el aliento de los demás: sus deseos, nostalgias, sus miedos. Su significado. Lo que es el mundo a sus ojos. Lo que son los otros. Lo que soy yo.

Al mirar alrededor veo prácticas de escucha especialmente significativas. Estoy pensando en las de los voluntarios y voluntarias de la asociación ¿hablamos? que hacen mediación penal, penitenciaria y comunitaria, en el marco de la Justicia Restaurativa. En lugar del castigo, escuchar al agresor y al agredido: eso hacen. Primero, por separado, y después juntos, si ése es su deseo. Para hablar y explicarse, simplemente; o para ir más allá, si así lo quieren, y alcanzar acuerdos, de comprensión y reparación. Escuchar los dolores y circunstancias, los impulsos, el por qué y el sin sentido, las historias de vida, las carencias: por qué destrozaron aquella moto, ellos, aquella noche; si imaginaban qué sentimientos tuvo, él, al verla la mañana siguiente; de qué modo, él, se sentiría reparado; cómo entender los hechos, ellos y él, y salir esperanzados, con ganas de proyectarse en positivo. Esta escucha me parece sublime y esperanzadora: una escucha que sana las heridas profundas. En medio del conflicto, vuelve a humanizar con algo tan sencillo como la palabra y el acercamiento.

La escucha va más allá del físico oír. Y sin embargo, para expresar lo que me parece el clímax de su potencial, una metáfora física ronda en mi cabeza: la resonancia. ¿Cómo decir que más allá de la atención, el milagro de la escucha replica en espíritu el fenómeno físico de la resonancia? ¿Cómo cantar esa armonía de las ondas en nuestras interacciones humanas, y trasladar, glosando, lo que ocurre en los receptores de radio cuando las ondas o vibraciones que capta la antena y las del circuito interior comparten la misma frecuencia? El reto es expresarlo en toda su poesía. Expresar que la magia de la escucha, el abracadabra de lo que puede suceder, está en vibrar al unísono y amplificar en ti las palabras de la otra persona.

Bien es verdad, que no es la voluntad la clave para el clímax. Cuando no hay eco ni hay reflejo, los intentos son vanos: las palabras quedan suspendidas en el aire, indecisas y flotantes. En cambio, en ocasiones, con mínimas señales, sin palabras apenas, se da el gran salto: la conexión, la entrada en resonancia, el establecimiento de ese vínculo mágico que amplifica la huella de la escucha.

En tiempos de atomismo individualista, añoro aquellos vínculos de la adolescencia, cuando escuchar era un modo de ser, valorado y profundo.

Vuelvo a crear un espacio en mí para la comprensión, en donde quepa todo: el contexto, el error, la explicación, la cercanía, la humanización de cada paso incierto.

Pienso. Con el tiempo, los otros se van instalando en ti, te van ocupando. Y tú te debates entre el cierre y la apertura, entre declararte cercada o comportarte de manera porosa, líquida, en un proceso en el que unas veces eres agua y otras, aceite, siempre bajo el deseo de ser miscible.

Sé que la escucha me desdibuja. Por dentro y por fuera. Me obliga a un constante debate con los otros en mí, frente a mí, y conmigo. También me hace crecer.

Sé que cuando el milagro sucede, hay reciprocidad y reconocimiento, en todos los ojos: los míos y los suyos. Los ojos de la otra: esa otra que se borra y crece conmigo.